



Ángel de Saavedra Rivas

Don Álvaro de la Luna

Romance Primero
La venta

En la ruta de Portillo
y en las márgenes del Duero,
hubo (aún escombros lo dicen)
una venta en otro tiempo.

A su puerta una mañana⁵
estaba sentado un lego
de San Francisco, tres mulas
de los ronzales teniendo.

De la venta en la cocina
se hallaban dos reverendos,¹⁰
de una sartén apurando
magras con tomate y huevos.

De maestresala servía,
sin caperuza, el ventero,
que solícito llenaba¹⁵
las tazas del vino añejo.

Era el uno el padre Espina,
predicador del convento
del Abrojo; el otro un fraile

anciano, de ciencia y peso.20

*

Aunque con buen apetito,
mustios ambos y en silencio
se mostraban, cuando el huésped
les habló así con respeto:

«¿Es verdad, benditos padres,25
que el condestable está preso?...
Anoche dio esta noticia,
que nos pasmó, un caballero.»

Contestóle el religioso:
«Pues no os engañó, que es cierto.»30

Y continuó el padre Espina:
«Sí, desengaños son éstos
»que avisan a los mortales
de que son perecederos
los bienes que nos da el mundo,35
y su grandeza, embeleco.»

El villano, sin turbarse,
le cortó el sermón diciendo:
«Y también de que castiga
sin palo ni piedra el cielo.40

»Aún está fresca la sangre
de Alonso López Vivero.
Yo estaba al pie de la torre
cuando el condestable mismo
»lo arrojó de ella; y he visto45
de oro las cargas a cientos
entrar allá en su palacio.

Dicen también, y lo creo,
»que hechizado al rey tenía,
y aún añaden ...» «No debemos50
-dijo, grave, el religioso-
dar a hablilla tal acceso.»

*

La ventera, que hasta entonces
se estuvo callada al fuego,
con la mano en la mejilla55
mostrando gran sentimiento,
y que era, aunque no muy verde,
fresca y limpia con extremo,
abultada de pechera
y con grandes ojos negros,60

saltó súbita: «Envidiosos
que no sirven, ni por pienso,
para descalzarle han sido
los que en trance tal le han puesto.»

Díjole el marido: «Calla.»65
Y ella respondió: «No quiero...
¡Qué señor tan llano..., parte

el corazón!... Mes y medio
»Hace que le vimos todos
tan galán, en el festejo⁷⁰
que se celebró en la plaza
de Valladolid... ¡Qué diestro!
»¡Qué valiente!... ¡Qué gallardo!
Fue el único del torneo.»
«Calla», con cólera grande⁷⁵
volvió a decir el ventero;
y ella, en vez de obedecerle,
a continuar: «¡Qué discreto!
El oírle daba gusto...
Alfonso López Vivero⁸⁰
»era un vil que lo vendía.»
«Calla», repitió de nuevo
más airado el hombre; y ella:
«No me da la gana; cierto
»Es cuanto digo... El tesoro⁸⁵
lo ganó en la guerra, o premio
es que el rey le ha dado en paga
de servicios que le ha hecho.
»La reina y los ricos hombres
revoltosos y soberbios...»-⁹⁰
«Maldita tu lengua sea
-clamó, furioso, el ventero-.
»Tú, porque allá te criaste
en su palacio, y... yo ¡necio!»
y ella prosiguió llorando:⁹⁵
«La tonta fui yo, mostrenco.»
Iban en el matrimonio
a poner paz y concierto
los padres, cuando «¡Ya llegan!»,
gritó desde fuera el lego;¹⁰⁰
y dejando a los esposos,
que sin duda prosiguiendo
la disputa, la acabarán
a puñadas, según temo,
fuéronse a la puerta al punto,¹⁰⁵
sobre sus mulas subieron,
y aquella venta dejaron
hecha un abreviado infierno.

Romance Segundo El camino

Se alza una nube de polvo
de lejos por el camino,¹¹⁰
y al tropel que la levanta

borra y tiene confundido.

En ella relampaguean
reflejos de acero limpio,
y forman un trueno sordo115
herraduras y relinchos.

Dando lugar a que llegue,
los religiosos franciscos
a lento paso se ponen,
y atrás miran de continuo.120

*

Se acerca gran cabalgada,
y vese claro y distinto
que Diego Estúñiga, el joven,
es de ella jefe y caudillo.

En un alazán fogoso125
viene, de hierro vestido,
la gruesa lanza en la cuja,
la luenga espada en el cinto;
un penacho jalde y negro,
cual matorral sobre un risco,130
ondea sobre su almete,
y da al sol variados visos.

El ancho dorado escudo,
de una cadena ceñido,
ostenta la banda negra,135
timbre de su casa antiguo.

Vienen tras él diez jinetes,
de la cimera al estribo
armados de punta en blanco,
y en las lanzas pendoncillos.140

Marchan todos en silencio,
y en todos el sobrescrito
de gran duelo y gran tristeza
se ve de ballesta a tiro.

Se dijera ser la escolta,145
no de un caballero vivo,
sí de un caballero muerto
que iba al postrimer asilo.

En medio de ellos venía,
cabizbajo y abatido,150
caballero en una mula
con jaeces harto ricos,
un insigne personaje,
de aspecto notable y digno,
de estatura no muy alta,155
pero gallarda y de brío.

Un sayo de paño verde
con franjas de oro guarnido
es su traje, y lleva al hombro,
más blanco que los armiños,160

un gran manto, en cuyos pliegues
la cruz roja, distintivo
de maestro de Santiago,
luce en recamo prolijo,
y una toca de velludo165
negro con bordados picos,
mas sin airón ni garzota,
es de su cabeza abrigo.

Era su mirar resuelto,
bien que apagado y sombrío,170
y su aire tan de persona
de poder y de dominio,
que por más que se notaba
ser un preso, descubrirlo
sin sentir era imposible175
cierto respeto sumiso.

Don Álvaro era de Luna,
del rey don Juan favorito,
que a Castilla largos años
rigió sin freno a su arbitrio.180

*

Cuando emparejó la tropa
con los dos padres franciscos,
paráronse éstos, y humildes,
saludo cortés y fino
hicieron al condestable,185
de quien eran muy amigos.
don Álvaro contestóles
tan galán como expresivo.

Ellos en la armada escolta
se ingirieron de improviso,190
tomando del gran maestro
a uno y otro lado sitio.

Largo rato caminaron
todos en silencio hundidos;
pero al cabo el padre Espina195
se resolvió, y así dijo:

«En verdad, señor, que valen
poco del mundo mezquino
las honras y los haberes
para el varón de juicio.200

»El hombre cristiano y cuerdo
debe hacia norte más fijo
encaminar su esperanza,
servir sólo a Dios benigno.

»Lo que nos da, lo mantiene,205
y al que busca en Él asilo,
para siempre se lo acuerda
en eterno paraíso.»

Con grande atención escucha

tan saludables avisos²¹⁰
don Álvaro, que engañado
juzgó, al salir de Portillo,
que iba a recobrar honores,
favor, riqueza y dominio;
y entreviendo en el instante²¹⁵
su verdadero destino,
se estremeció a pesar suyo,
cubrióse de sudor frío,
y, «¿Voy a morir acaso?»
preguntó como indeciso.²²⁰
Contestóle el religioso:
«Todos; mientras somos vivos,
vamos a morir. El hombre
que va preso... en más peligro...»
- «Basta -exclamó el condestable,²²⁵
y dando a su aspecto altivo
gran dignidad y gran calma,
y al semblante noble brillo-,
»Basta -siguió- no es la muerte,
cuando se sabe de fijo²³⁰
que llega, tan espantosa
como el vulgo vil ha dicho.
»Venga pues: si el rey lo quiere,
yo con gusto la recibo.
Padres, hasta el duro trance²³⁵
no me dejéis, os suplico.»
Oyendo tales razones
lloró Estúñiga escondido
en su celada, y lloraron
hasta los armados mismos.²⁴⁰
Ambos buenos religiosos
cumplieron bien con su oficio,
consolando al condestable
con discreción y con tino,
y él, oyéndolos atento,²⁴⁵
siguió la marcha tranquilo,
sin dar de dolor ni susto
en su noble rostro viso.

Romance Tercero
Las calles. La capilla. El palacio

Para quién al día siguiente
mira la muerte segura,²⁵⁰
el declinar de la tarde
solemnidad tiene mucha.
En el sol, que va a ponerse,

y espeso vapor ofusca
(semejante a un rey que el trono²⁵⁵
a su pesar desocupa,
y dignidad conservando
del mundo huye, y se sepulta
donde los hombres no adviertan
su dolor y desventuras),²⁶⁰
con honda atención los ojos
clavó don Álvaro de Luna.
Así que lo vio transpuesto
lanzó un suspiro de angustia,
como el que lanza el amante²⁶⁵
cuando el horizonte oculta
el bajel en que su amada
los desiertos mares surca
para no volver. Ansioso
lleva sus miradas mudas²⁷⁰
a los montes apartados
cuyas cumbres aún relumbran;
a los ya enlutados bosques,
a las calladas llanuras,
a los altos campanarios²⁷⁵
que entre nieblas se dibujan;
retardar el despedirse
de la perspectiva augusta
que presenta el Universo,
parece que sólo busca.²⁸⁰
Y al notar que poco a poco
la luz menguante y confusa
del crepúsculo confunde
la escena que le circunda,
piensa ya ver de la muerte²⁸⁵
la terrible sombra, en cuya
oscuridad para siempre
corre a hundirse, y se atribula.
Sus pensamientos penetran
los doctos frailes, y endulzan²⁹⁰
con eternas esperanzas
su meditación profunda.

*

Entre dos luces llegaron
a Valladolid, y turba
desordenada en las calles²⁹⁵
con sordo rumor circula.

De Alonso López Vivero
por la calle y casa cruzan,
donde viven sus criados,
donde llora su viuda.³⁰⁰

Aquéllos, como canalla
que si al poderoso adula,

en cuanto le ve caído
feroz le escarnece y burla,
de la cabalgada el paso³⁰⁵
atajan con negra furia,
y con denuestos y voces
al ilustre preso insultan.

Éste, furioso (presente
el tiempo pasado, juzga³¹⁰
que aún conserva el poderío,
que aún domina a la fortuna),
lleva soberbio la mano
a buscar en su cintura
la guarnición de la espada...³¹⁵
Mas, ¡ay! en vano la busca.

Va preso..., espada no lleva...
¡Ah!... Lo advierte, y furibunda
mirada va a dar al cielo;
mas se anonada y conturba.³²⁰

Queda con los ojos fijos,
parece su faz difunta;
tiembla, y en sudor helado
sus miembros todos se inundan.

Delante se halla un espectro...³²⁵
¡Un espectro!... Sí, la mula
algo ve también; esquivada,
se recela, empina y bufa.

¿De Alonso López Vivero
ha salido de la tumba³³⁰
la sombra? De que el maestro
ante sí la vio, no hay duda.

En confesión se lo dijo
aquella noche con muchas
lágrimas al padre Espina...;³³⁵
de Dios la venganza es justa.

Con el cuento de la lanza
a palos abre la turba
Estúñiga denodado,
y la atropella y asusta,³⁴⁰
y en salvo al ilustre preso
condujo a la casa suya,
en que estaba preparada
una capilla segura,

donde pasó el condestable³⁴⁵
con la espiritual ayuda
noche serena, pidiendo
a Dios perdón de sus culpas.

Cenó, durmió cortos ratos,
repitió también algunas³⁵⁰
trovas del famoso Mena
que pintan como locuras

las mundanas ambiciones;
oró con fervor, en suma:
fue un cristiano, un caballero,355
un hombre de fe y de alcurnia.

*

Entre tanto, el que parece
ser el reo, a quien la dura
sentencia estaba leída,
y a quien la cuchilla aguda360
del verdugo amenazaba,
era el rey... ¡Mísero!, lucha,
náufrago desventurado,
en airado mar de angustias.

Ama a don Álvaro, mira365
su sentencia como injusta;
de la reina y de los grandes
se la ha arrancado la furia.

Que su trono se desploma,
y hasta su existencia juzga,370
y que al morir el maestre
abrazadas irán juntas

el alma de aquel amigo
y el alma afligida suya.
¡Grande mal es la flaqueza375
en hombre que cetro empuña!

Revolcándose en su lecho,
rasgando sus vestiduras,
paseándose sin tino
por la cámara, que alumbra380
una lámpara medrosa
que en el cortinaje abulta
vagas sombras..., ¡infelice!
¡Qué noche pasó!... Que ocupa
ve un rincón de aquella sala,385
de pie, con la boca muda,
su físico Fernán Gómez.

A él se va, las manos juntas,
y, suplicante, le dice:
«Si es que mi salud procuras,390
anda a ver al condestable,
así Dios te dé su ayuda.»

El bachiller respondióle:
«Le debo mercedes muchas;
perdone vueseñoría,395
no oso verle en tal angustia.»

Conmovido el rey, en llanto
rompió y en voces confusas,
que el alma a Gómez partieron,
según dicen cartas suyas.400

*

Entró al estruendo la reina
en la cámara, cual una
aparición, como maga
que viene a doblar astuta
los encantos y conjuros⁴⁰⁵
con que alto preso asegura,
y con que la empresa afirma,
de que pende su fortuna.

Calló el rey, quedó de mármol
al verla; ella le pregunta:⁴¹⁰
«¿Qué es esto?», y oyendo: «Nada»,
retiróse muy adusta.

Largo rato el rey estuvo
cual ligado por la oculta
fuerza del prestigio. Luego⁴¹⁵
torna a más reñida pugna
de afectos; la amistad vence,
llama con voz resoluta
a Solís, su maestresala,
dícele: «Al momento busca⁴²⁰
»a Diego Estúñiga, y dile...»
En su garganta se anuda
la voz, porque entra la reina
otra vez..., calla y trasuda.

La reina a Solís llevóse,⁴²⁵
y el rey abrió con presura
el balcón, cual si quisiese
gozar del aura nocturna;
y el trono, cetro y corona
maldiciendo en voces mudas,⁴³⁰
ojos de lágrimas llenos
clavó en la menguante luna.

Romance Cuarto La plaza

Mediada está la mañana;
ya el fatal momento llega,
y don Álvaro de Luna⁴³⁵
sin turbarse oye la seña.

Recibe la Eucaristía,
y en Dios la esperanza puesta,
sereno baja a la calle,
donde la escolta le espera.⁴⁴⁰

Cabalga sobre su mula,
que adorna gualdrapa negra,
y tan airoso cabalga,
cual para batalla o fiesta;

un sayo de paño negro⁴⁴⁵
sin insignia ni venera
es su traje, y con el garbo
que un manto triunfal, lo lleva;
y sin toca ni birrete,
ni otro adorno, descubierta,⁴⁵⁰
bien aliñado el cabello,
la levantada cabeza.

Los dos padres franciscanos
se asen de las estriberas,
y hombres de armas en buen orden⁴⁵⁵
le custodian y le cercan.

Así camina el maestro
con tan gallarda presencia
y con tan sereno rostro,
que impone a cuantos le encuentran.⁴⁶⁰

Sus enemigos no osan
clavar la vista soberbia
en él, como consternados
ya de su venganza horrenda;
sus partidarios parecen⁴⁶⁵
decirle con mudas lenguas
que aún morirán por salvarle
y encenderán civil guerra.

Y aquel silencio terrible
por todas las calles reina,⁴⁷⁰
que, o gran terror o despecho,
grande siempre manifiesta.

Silencio que solamente
de cuando en cuando se quiebra
con la voz del pregonero⁴⁷⁵
que a los más valientes hiela,

Diciendo: «Esta es la justicia
que facer el rey ordena
a este usurpador tirano
de su corona y su hacienda.»⁴⁸⁰

Siempre que oye el condestable
este vil pregón, aprieta
la mano del padre Espina
que en voz sumisa le esfuerza.

*

Arriba a la triste plaza,⁴⁸⁵
que ha pocos días le viera
tan galán en el torneo,
con tal poder y opulencia.

El apretado concurso
el cuadrado espacio llena;⁴⁹⁰
vese una masa compacta
de rostros y de cabezas.

Parece que el pavimento

se ha elevado de la tierra,
o que casas y palacios⁴⁹⁵
su basa han hundido en ella.

Un callejón, que tapiales
de hombres apiñados cierran,
sirviéndole de linderos
lanzas en vez de arboleda,⁵⁰⁰
ofrece paso hasta donde
lecho de muerte descuella,
en mitad del gran gentío,
que como la mar olea;
el reducido tablado,⁵⁰⁵
enlutado con bayetas,
una gran tumba parece
que el pueblo en hombros sustenta.

Sobre él está colocado
un altar a la derecha,⁵¹⁰
de terciopelo vestido,
y entre amarillas candelas,
cuya luz el sol deslustra
y arder el viento no deja,
un crucifijo de plata⁵¹⁵
en cruz de ébano campea.

Yace un ataúd humilde
colocado a la izquierda;
cerca de él se ve una escarpia
en un pilar de madera,⁵²⁰
y en medio, de firme, un tajo,
delante una almohada negra,
y un hacha, en cuya cuchilla
los rayos del sol reflejan.

*

Al pie del cadalso el reo⁵²⁵
de la alta mula se apea;
fervoroso el padre Espina
con él sube y no le deja.

De pie ya sobre el tablado
tres personas se presentan⁵³⁰
a las medrosas miradas
de la muchedumbre inmensa:
el ministro de la muerte,
el que lo es de vida eterna,
y el que dando al uno el cuerpo⁵³⁵
al otro el alma encomienda.

Turbado el tosco verdugo
de atreverse a tal alteza,
necio terror da a su frente
que cubre jalde montera.⁵⁴⁰

El religioso, metido
en su capucha, se queda

de mármol, cruza los brazos,
y con fervor mudo, reza.

*

El condestable, sereno,545
el pie al crucifijo besa,
y luego tiende los ojos
por la turba que le observa;
y viendo junto al tablado,
en actitud lastimera,550

a Morales, su escudero,
hecho de lealtad emblema,
le llama, de oro un anillo,
que el sello de sellar era
de su puridad las cartas,555
del pulgar quita, y le entrega,
diciéndole: «Amigo, toma,
ya no conservo otra prenda.»

Después atisbó a Barrasa,
paje del príncipe, cerca,560
y así le habló en voz sonora:
«Dile a tu dueño que vea
de dar a los que le sirvan
otra mejor recompensa.»

Viendo el pilar y la escarpia,565
¿«Para qué?» pregunta. Tiembla
el sayón, y le responde,
hablar no osando, por señas.

Y prosiguió el condestable
con una sonrisa acerba:
«Después de yo degollado,570
nada son cuerpo y cabeza.»

Entonces el padre Espina
que piense sólo, le ruega,
en Dios, y él: «Padre, es mi norte575
y mi esperanza», contesta.

Se ajusta el traje, descubre
la garganta, ve que llega
el verdugo para atarle
las manos con una cuerda;580

saca del seno una cinta
labrada con oro y seda,
y, «Átalas -le dice-, amigo,
si es necesario, con ésta.»

De hinojos en la almohada585
se pone, el cuello presenta,
el religioso le grita:
«Dios te abre los brazos, vuela.»

El hacha cae como un rayo,
salta la insigne cabeza,590
se alza universal gemido

y tres campanadas suenan.

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

